

LITERATURA SIN FRONTERAS: DEL ZIFAR AL TIRANT

Rosa Navarro Durán
Universidad de Barcelona

El *Libro del caballero Zifar* es un divertido y ejemplar libro de caballerías, el primero del género en nuestra literatura, que debió de escribirse no mucho antes de 1350, fecha cercana al primer testimonio de la existencia del «Cavallero Syfar», junto a Amadís y a Tristán, la *Glosa castellana* de Juan García de Castrogeriz al *Regimiento de príncipes*. Y no pudo estar muy alejado el tiempo de su creación porque su desconocido autor había leído dos obras anteriores: *El conde Lucanor*, de don Juan Manuel, cuyo fin está fechado con precisión por el propio escritor, el 12 de junio de 1335, y el *Libro de buen amor* del arcipreste de Hita, datado hacia 1343.

En el *Libro del caballero Zifar* se incluyen tres ejemplos de *El conde Lucanor*: la prueba de los amigos, el de la falsa apariencia que ofrece la mujer durmiendo con su hijo (o con sus dos hijos en el *Zifar*) y el relato del rey y el alquimista. Wagner ya señaló como coincidencia la presencia en ambas obras de estos tres ejemplos (dos de ellos provienen de otra fuente); pero no es posible que lo sea, porque se suma a la elección de un material preexistente en esos dos casos un tercer ejemplo de fuente desconocida, y además a ello debe unirse la escena del hombre recostando la cabeza en el regazo de su mujer, que le espulga, y que es fundamental para el relato del *Zifar*⁽¹⁾.

Los tres ejemplos no están cercanos en el texto del *Zifar*, porque el primero está al comienzo; el segundo, en lugar central; y próximo al final, el tercero. El ejemplo de la prueba de los amigos se lo narra el caballero Zifar a Grima, su esposa, «por la traer a saber bien guardar su amigo e las sus poridades»⁽²⁾, y luego le cuenta su secreto, la conversación que había tenido cuando niño con su abuelo. Cuando enseguida se ponen en camino en busca de fortuna, a los diez días se le muere el caballo al caballero por la maldición que le persigue, y la mujer quiere que sea él quien vaya a caballo; pero él se niega: «Pardiós, señora -dixo el cavallero- , non puede ser, ca sería cosa desaguisada e muy sin razón ir yo de cavallo e vos de pie» (p. 82). Y no es difícil asociar la escena con el ejemplo II de *El conde Lucanor*: «De lo que contesció a un omne bueno con su fijo».

Poco antes del reencuentro familiar, que supone el final feliz de la historia del caballero Zifar, se sitúa el segundo relato, el de la falsa apariencia porque la mujer comparte el lecho con sus hijos, como sucede en el ejemplo XXXVI de *El conde Lucanor*, «De lo que contesció a un mercadero quando falló su muger et su fijo durmiendo en uno»: es el ejemplo vivido por los propios personajes del *Libro del caballero Zifar*, porque es el caballero Zifar, su mujer y sus hijos los que lo encarnan. Y ya en la segunda historia narrada

en el *Zifar*, la del infante Roboán, se sitúa el tercer ejemplo, el del rey y el alquimista (es el ejemplo XX de *El conde Lucanor*: «De lo que contesció a un rey con un omne quel dixo quel faría alquimia») ⁽³⁾, y en este tercer caso sucede como en el primero: Roboán cuenta el ejemplo al emperador, y este, por tanto, no se vive, como acaeció con Grima y sus hijos durmiendo en el mismo lecho.

La misma distribución cuidadosa de los ejemplos es otro argumento más para demostrar que el autor del *Zifar* fue un lector apasionado de *El conde Lucanor* y supo asimilar algunas de sus enseñanzas hasta tal punto que las hizo contar de nuevo a sus personajes o incluso vivirlas. Así la materia ejemplar se va transformando lentamente en novelesca, y al mismo tiempo vamos viendo cómo fructifica una lectura precisa en una creación literaria muy cercana. El primer libro de caballerías tiene aún mucho de ejemplar y de hagiográfico (recoge leyendas marianas), hasta tal punto que su protagonista, el caballero Zifar, acabará llamándose el Caballero de Dios; pero la materia novelesca que hay en él atrajo ya a dos inmensos creadores del relato moderno, nada menos que a Joanot Martorell y a Miguel de Cervantes.

UN LOBOY UN ALANO

Son los detalles pequeños los que hacen surgir la chispa, y «de pequeña centella se levanta a las vegadas gran fuego», como recoge el *Zifar*; una curiosa coincidencia puede desvelar al lector de un libro, aunque esa figura tenga luego que confirmarse con otras claras huellas de lectura. Invito a quien ahora me esté leyendo a que compare el extraño comportamiento de dos animales, de un lobo y un alano. El primero está en el *Libro del caballero Zifar*, y el segundo, en el *Tirant lo Blanch*.

El caballero Zifar y el ribaldo, como no pueden llegar a una ciudad, deciden pasar la noche en una torre sin puertas, con buenas camas de paja, que encuentran por el camino; pero se ven atacados por una manada de lobos que, después de comer los restos de un cervatillo que habían asado, quieren entrar en la torre para comérselos a ellos: «en toda esa noche non podieron dormir nin folgar feriéndolos muy de rezió». De pronto un lobo grande ataca al caballero y hace algo insólito:

E en esto estando, arremetiose un lobo grande al cavallero, que estava en derecho de la puerta, e fue lo travar de la espada con los dientes e sacógela de la mano e echola fuera de la torre. «¡Santa María val! -dixo el cavallero- ¡levádome el espada aquel traidor de lobo e non he con qué defenderme! (p. 147).

El ribaldo le dará su estoque e irá a poner fuego a las pajas con las brasas que habían quedado y las lanzará a los lobos, así los tendrá a raya hasta que amanezca.

El comportamiento del lobo, que le coge la espada al caballero y la tira lejos, asombra al propio Zifar y a los lectores de su historia. No es raro que se fijara en ello un escritor tan magnífico como Joanot Martorell y que reprodujera la acción en un enorme perro, un alano, que atacó a su caballero, Tirant lo Blanc.

El príncipe de Gales, gran cazador, llevaba muchos alanos grandes y tenía su campamento cerca de la muralla de la ciudad, donde posaba el rey de Inglaterra. Tirante venía de la ciudad porque se había hecho bordar un vestido, y justo al pasar frente al alojamiento del príncipe, uno de sus alanos había roto la cadena que lo ataba y nadie conseguía apresarlos por su bravura. El alano, al ver al caballero, se dirige a él corriendo para atacarle; Tirant descabalgaba, saca la espada, y el perro retrocede; pero en cuanto el caballero se aleja veinte pasos, el alano vuelve al ataque, y él no tiene más remedio que bajar de nuevo del caballo. Se dice a sí mismo: «Yo no sé si est diable o cosa encantada»; saca de nuevo la espada, y el alano, al verla, no se atreve a proseguir con su ataque. La escena sigue así:

-Ara -dix Tirant-, puix conech tu has temor de les mies armes, no vull que diguen de mi que ab armes sobergues me só combatut ab tu.

Lansà la spasa detràs. E lo alà donà ll o ll salt e cuytà tant com pogué e ab les dents pres la spasa e apartà-la un tros luny, e tornà corrent enverç Tirant ⁽⁴⁾.

No hay ironía, como se ha supuesto en la acción del perro (véase la nota 7 de Hauf, p. 280), sino sencillamente finísima imitación de una escena que un buen lector como Martorell pudo ver. Tanto el lobo como el perro tienen ambos un tinte diabólico, y es lógico, por tanto, que alejen la espada porque en su empuñadura forma una cruz ⁽⁵⁾. El alano es un perro cazador, y también aparece un alano cazador en el *Libro del caballero Zifar* ⁽⁶⁾, aunque esa coincidencia sin la anterior no sería relevante.

LAS CORREAS DEL BACINETE

No es el único detalle que se traslada desde el *Zifar* al *Tirant*, porque otro va a tener un papel esencial en el relato del valenciano. Para verlo vamos a una batalla del caballero Zifar, cuando está al servicio del rey de Mentón: es la que mantiene con uno de los dos hijos del rey de Ester. Como ve que su enemigo

lleva muy buenas guarniciones, que le protegen el cuerpo, el caballero coge una «misericordia», una maza con clavos, y a pie se acerca al hijo del rey:

[...] e pusole el braço al cuello e baxole contra sí, ca era muy valiente e cortole las correas de la capellina e un baçinete que tenía so ella e tirógelas e començolo ⁽⁷⁾ a ferir en la cabeça de muy grandes golpes con la misericordia sobre el almofa fasta que se despuntó la misericordia (pp. 157-158).

En el *Tirant* el emperador de Constantinopla ha perdido a su hijo y heredero en una batalla, y él apunta ya a una traición en la carta que escribe al rey de Sicilia, donde le pide que ruegue al caballero Tirant lo Blanch que quiera ponerse a su servicio: «E tinch per major desaventura com sia stat mort per los seus mateixos» (p. 459). Será la princesa Carmesina la que le precise la circunstancia de la muerte de su hermano a Tirant al prevenirle contra el duque de Macedonia: «E fama certa és que ell matà aquell valentíssim cavaller jermà meu, car bataillant ab gran ànimo contra los enemichs, ell li vengué de part de tras e taillà-li les correges del bacinet per ço que li sortis del cap; e axí fon mort per los moros» (p. 514). Y así se lo echa en cara al traidor duque el joven caballero después del ofensivo discurso que hace contra él delante de todos:

En lo que a mi serà, reduynt algunes coses a memòria, yo no seria stat aquell qui tallí les correges del bacinet de aquell gloriós príncep, fill de l'emperador, ni li doní lo primer colp al cap, de qué li fonch forçat passar de aquesta present vida en l'altra (p. 657).

Precisamente un hecho de guerra y el rechazo al capitán extranjero van a ser otras dos claras concordancias entre los dos textos, como enseguida diré. Antes solo un apunte sobre las costumbres: en ambos textos se subraya cómo varía el hábito de los pueblos y, por tanto, cómo una actuación puede ser mal interpretada solo por esa diferencia de forma de actuar debida a usos establecidos.

DISTINTAS COSTUMBRES

En el *Libro del caballero Zifar*, será Roboán, al llegar victorioso ante la infanta Seringa, tras vencer al rey de Grimalet, quien le diga a un escudero que le quite las espuelas:

E quando llegaron los de la hueste, dixo el infante Roboán a un escudero que le tirase las espuelas.
-Señor -dixo el conde- non es uso de esta nuestra tierra de tirar las espuelas.
-Conde -dixo el infante-, yo non sé qué uso es este de esta vuestra tierra, mas ningund cavallero non debe entrar a ver dueñas con espuelas, segund el uso de la nuestra.
E luego le tiraron las espuelas e descavalgó e fue a ver la infanta (p. 345).

En el *Tirant lo Blanc*, el desconocimiento del rito acostumbrado de la comida hace que los cortesanos de Sicilia se rían del príncipe Felipe de Francia, y Tirant, hábilmente se inventa otra costumbre para salvarle del ridículo. Y todo sucede porque el príncipe no se fija en lo que los demás hacen, como hubiera debido si la discreción hubiese sido una de sus cualidades. Así se lo había recomendado Tirant: «Feu vós lo que ella farà. E guardau-vos de fer alguna grosseria». Y actuó correctamente al lavarse las manos porque siguió el consejo de Tirant de que se fijara en qué hacía la infanta, pero enseguida se olvida de observar a los demás antes de hacer nada, y el desconocimiento de la costumbre le hace caer en la grosería:

Aprés portaren lo pa e posaren-lo davant lo rey e a cascú d'ells, e negú no y tocà, sperant que portassen la vianda. Phelip, com véu lo pa davant, pres cuytadament un ganivet e pres un pa e lescà'l tot, e féu-ne XII lesques grans e adobà-les. Com la infanta véu tal entramés no-s pogué detenir de riure. Lo rey e tots los que allí eren e los cavallers jóvens qui servien fehien un joch mortal a Phelip, e la infanta que-s concordava ab ells (p. 394).

La distinta costumbre lleva al ridículo al príncipe Felipe. En el *Libro del caballero Zifar*, en cambio, el infante Roboán se niega a seguirla porque le parece inadecuada para presentarse delante de la infanta. Pura cortesía establecida por el uso.

TÉCNICAS DE GUERRA Y UNA HERIDA EN EL ROSTRO

El caballero Zifar está en la villa cercada de Galapia, ve salir de la hueste enemiga a seiscientos caballeros y va a preguntar algo que le será enseguida de gran utilidad:

E entre ellos andava un cavallero grande, armado de unas armas muy devisadas: el campo de oro e dos leones de azul.

-Amigos -dixo el cavallero Zifar-, ¿quién es aquel que aquellas armas trae?
E dixiéronle que el señor de la hueste (p. 94).

Su táctica de ataque consiste en sorprender al enemigo por la retaguardia, pero luego adelantarse y fingir que huyen para que ellos los persigan. Cuando ya los tienen muy cerca, él se da la vuelta, reconoce al señor de la hueste por las armas y se enfrenta a él, cogiéndole por sorpresa:

E tan çerca venían ya de los de la villa, que se podían entender unos a otros lo que se dezían. El cavallero Zifar bolvió la cabeça e violos venir çerca de sí e conosçió en las armas al señor de la hueste, las que viera antenoche [...]. E dio una bos a la su conpañia e dixo: «¡Atendetme!», e bolvióse de rostro contra el señor de la hueste e puso la lança so el sobaco e dixo así:

-¡Cavallero, defendetvos! (pp. 96-97).

Tirant sigue la técnica de aparentar la huida en una batalla contra los turcos, él con una pequeña bandera guía en perfecto orden la fingida retirada y deja que los persigan en desorden total al grito de «Ja fugen, ja fugen!». Y cuando ve que han sobrepasado el lugar en donde había apostado a Diafebus, levanta su banderita y hace detener a su ejército, y todos atacan en perfecta formación a los turcos. Enseguida verá al rey de Capadocia y lo reconoce por su cimera:

Con Tirant véu que casi la meytat de la sua gent havia ferit e tostemp anaven guanyant, e véu Tirant, en la pressa de la gent, lo rey de Capadócia venint matant e destroynt molts crestians -e conegué'l en la cimera, que portava un leó tot d'or ab una petita bandera-, pres una lança grossa e dexà's anar devers ell (p. 675).

Van a recibir parecida herida Roboán -hijo de Zifar- y Tirant, aunque el primero sale mejor librado por la protección de la babera que le faltó al segundo; bien es cierto que quien recibe peor golpe es Garfín, el otro hijo del caballero Zifar, aunque no lo hieren exactamente de la misma forma. Voy primero a ver cómo hieren a Tirant porque el episodio sigue al antes citado.

Tirant será acosado por tres reyes: el de Egipto, el de Capadocia y el de África, pero son solo los dos primeros los que llegarán hasta él, y le darán tan fuerte encuentro que lo derriban y su caballo cae muerto. Le costará mucho sacar la pierna de debajo del caballo, y con el esfuerzo se le cae la babera. Poco después el rey de Egipto consigue llegar junto a él: «E acostà's tant envers Tirant e tirà-li un bot de lança, e per ço com no tenia bavera donà-li enmig de la galta e derrocà-li llll quexals, de què perdé molta sanch» (p. 676). La pérdida de dientes (como la de don Quijote en la batalla de las ovejas y carneros) se debe a la falta de la babera, como se precisa, y antes se narra el porqué de tal ausencia de la protección del rostro.

En el *Libro del caballero Zifar*, todo ocurre en el enfrentamiento con el perverso conde Nasón, vasallo del caballero Zifar, que es ya rey de Mentón. Primero sufre una grave herida en el rostro Garfín en su enfrentamiento a esgrima con el conde Nasón: «El conde Nasón dexó correr el estoque e fue dar en la mexiella a Garfín muy grant ferida» (p. 194); pero el joven no se detiene y el golpe que le devuelve acabará con el soberbio conde en tierra y malherido. El narrador insistirá en la gravedad de la herida del joven caballero al hablar de lo contentos que se pusieron al verlo vivo, «comoquier que era muy mal ferido en la mexiella e tenía inchada la cara; pero que le amezlinaron muy bien, de guisa que a pocos días fue guarido» (p. 195).

Su hermano Roboán se enfrentará al sobrino del conde Nasón y se dan grandes golpes, «de guisa que el sobrino del conde ferió a Roboán del estoque en la baruiella ⁽⁸⁾, así que le oviera a fazer perder los dientes» (p. 204). Aunque en ese momento no se precisa por qué no los perdió, lo dirá el caballero Amigo a su hermano cuando le pregunte si vuelve herido de la batalla:

-¿En qué lugar tiene la ferida? -dixo Garfín.

-So la boca -dixo el cavallero Amigo-, e bien creed que si non por la gorguera, que tenía alta, que oviera a perder los dientes (p. 206).

Sin embargo, más importante aún que estas heridas de batalla es la rebelión de los nobles ante el mando de un joven extranjero, y el asunto está también en las dos obras.

EL EXTRANJERO PREFERIDO POR SUS MÉRITOS

El caballero Zifar es extranjero en el reino de Mentón, y a pesar de su condición y de su origen desconocido, acabará casándose con la heredera y, por tanto, cuando se muera el rey, pasará él a ser el rey. En todo el *Libro del caballero Zifar* late esta tesis: el hombre esforzado puede conseguir llegar a lo más alto, pero tiene que estar adornado de virtudes como la sensatez, el valor, la inteligencia y la confianza en Dios.

Es cierto que el autor le dio al héroe un lejano origen real, perdido por la maldad de un rey, antepasado suyo, y así se refuerza además la idea de que el origen no basta para alcanzar un alto rango, porque las malas obras pueden hacer caer al más alto y hacerle perder los privilegios de su linaje.

En la batalla decisiva contra los enemigos, le preguntan los caballeros al anciano rey cuál va a ser su caudillo, y él les contesta así: «El mio mayordomo, que es muy fidalgo e es buen cavallero de armas». A todos les parece muy bien la decisión. Y al día siguiente es el caballero de Dios el que lleva las armas y la divisa del mayordomo, y es este quien, mintiendo, les hace creer que es su sobrino y les indica que será él quien los guiará, mientras él irá en la retaguardia.

El caballero Zifar logra liberar al reino de Mentón de sus enemigos, del rey de Ester y sus parientes, recibe como premio lo prometido en el pregón por el rey: la mano de su hija. Pero antes, el prudente rey habla con su hija a ver qué le parece, y la infanta, aún niña, lo ve muy claro: es la voluntad de Dios, que apoya a su caballero (a ella le había gustado antes por su gallardía). Después reúne a todos los nobles de sus tierras, y «un cavallero bueno de los quinientos» se levanta y le dice al rey que el mérito de la batalla es del caballero que el mayordomo les dio diciendo que era su sobrino. Tras el asentimiento general de que la victoria se debe al caballero, el rey llega a la conclusión que quería: «Mas segunt esto -dixo el rey-, seméjame que le abremos a dar la infante mi fija por muger». Y el caballero bueno sanciona su decisión.

En ese momento surge la disensión, y la protagoniza el hijo de un poderoso conde, que se levanta y dice:

Señor, tú sabes que muchos condes e muchos omes buenos de alta sangre fueron aquí venidos para te servir, e demás para mientes quién das tu fija, ca por aventura la darás a ome de muy baxo lugar, que non sería tu onra nin del tu regno; piensa más en ello e non te arrebatas (pp. 166-167).

La respuesta del rey no deja lugar a dudas: tiene que cumplir lo que prometió sea quien sea quien liberó la ciudad. Le dirán que pida al mayordomo que traiga a su sobrino, y entra este con señorío y es aclamado por todos.

El rey le preguntará si tiene sangre real, y primero no responde. Luego, al decirle el rey que no tenga vergüenza, replica: «Señor, vergüença grande sería a ninguno en dezir que venía de sangre de reyes, andando así pobre como yo ando; ca si lo fuese, abiltaría e desonrraría a sí». Tras esa respuesta, el rey se atiene a los hechos: «Cavallero -dixo el rey-, dizen aquí que vos desçercaste este lugar». Y Zifar le atribuye la victoria a Dios y a las tropas: «Desçercolo Dios -dixo el cavallero-, e aquesta buena gente que allá enbiastes».

La escena acabará con la presencia de la infanta que señalará al caballero como el autor de la muerte del hijo del rey de Ester y de la derrota de los enemigos. Al oírla, el hijo del conde se da por vencido y convencido: «Señor, seméjame que esto viene por Dios, e pues así es, casadlos en buen ora». Y todos los demás caballeros lo corean con un «Bien es» (p. 168).

Dios sanciona, por tanto, con su elección el triunfo del esforzado, no del poderoso. Zifar no recuerda su origen noble, solo señala su pobreza del momento: son las obras y no el origen las que alcanzan el premio, que en este caso es la boda con la hija del rey y, por consiguiente, el reino.

Lo que subyace en el *Tirant lo Blanc* es lo mismo: Tirant será un extranjero en el imperio de Constantinopla y además es solo un hidalgo, hijo del señor de la marcha de Tirania y de la hija del duque de Bretaña. Primero logra el gran honor de ser declarado vencedor en las fiestas de las bodas del rey de Inglaterra⁽⁹⁾, y luego por sus hazañas será contratado por el emperador de Constantinopla como capitán general de su ejército.

Será el amor el que romperá la barrera que separa a la infanta Carmesina del capitán general, pero el enamoramiento no hubiera desembocado en las bodas sin los méritos del esforzado caballero, y así se le llama en la traducción al castellano (Valladolid, Diego de Gumiel, 1511): «Los cinco libros del esforçado e inuencible cauallero Tirante el Blanco de Roca Salada, cauallero de la Garrotera. El qual por su alta cauallería alcançó a ser príncipe y César del imperio de Grecia».

El primer rechazo a Tirant tiene lugar ya en la reunión del Consejo del emperador, que este convoca para ofrecer públicamente el mando del ejército al caballero. Tirant lo acepta y le expone sus necesidades: gente, dinero y trigo. El emperador le asegura las tres cosas y, tras mandarle que vaya a sentarse en su silla de juez y dispensar justicia, pone fin a la sesión del Consejo. En ese momento se levanta uno del Consejo de nombre Montsalvat para expresarle su desacuerdo:

-Senyor, vostra majestat deu mirar millor en aquests afers que no ha, per quant hi ha empediment de tres coses. La primera és com no deu ésser levat al duch de Macedònia son dret, que és la capitania general, com a ella se pertangua essent més afix a la imperial corona. La segona és que no deu ésser donat loch que home stranger haja offici ni benefici en lo imperi, majorment que sien de loch o de terra no coneguda (p. 503).

(La tercera nada tiene que ver, porque le habla de ir en peregrinación a la isla en donde Paris raptó a Elena y hacer sacrificios a los dioses paganos).

El narrador califica de locas palabras las dichas por el caballero, y lo son porque antepone los dioses a Dios, y así se lo echa en cara el furioso emperador, que le llama «mal e reprovat crestià» y le dice que, si no fuera viejo, mandaba que lo degollaran. Su discurso no deja lugar a réplica:

Yo vull e man que Tirant, qui de present és capità nostre general, sia superior sobre tots los nostres capitans, per ço com ell n'és mereixedor per la sua molta virtut e resplandent cavalleria. Car lo duch de Macedònia, per son flach ànimo e maldestre en la guerra, no ha sabut jamés vençre una batailla.

Y la princesa, que sustituye a su padre cuando la vejez y la ira no le dejan proseguir, lo expone todavía con mayor claridad:

Digues-me, ¿e si los estrangers són millors que los de la terra e són més àbils e més forts hi més destres en la guerra e en altres coses, què diràs tu açí? Si no, pren exemple de la tua flauca persona de poch ànimo, que jamés has tengut atreviment de anar a la guerra per defendre la tua pàtria e a ton natural senyor. E tu est cavaller qui mostrar-te deguesses en consell imperial ni encara en loch hon cavallers hi haja? (p. 506).

La rivalidad entre el noble de casta, el duque de Macedonia, un cobarde traidor, y el esforzado caballero extranjero, Tirant, seguirá y se pondrá de manifiesto con violencia en poco tiempo. El duque de Macedonia está sitiado y es incapaz de levantar el sitio; en cambio, Tirant vencerá a los enemigos. Será el duque quien saqueará luego el campamento enemigo vencido y no querrá dejar entrar al capitán vencedor. La rebelión del traidor, el vanidoso y cobarde noble, acabará con su muerte a manos de los turcos tiempo después. Pero antes injuriará gravemente a Tirant en un largo parlamento. Entre otras cosas le dice:

Trists de nosaltres, qui som naturals de la terra, e aquells qui tenen muller e fills! E tot nostre fet hajam a posar en mans de un stranger de solar no conegut? Digau-me què haveu tractat ab lo soldà hi ab los altres, mostrant desijos de ultrança ab lo rey de Egipte. E tot quant haveu fet no és sinó per enguanar-nos e vendre'ns als turchs [...]. No vull reste açò per dir, com tal regiment de capitania per dret ne per rahó vós no-l devieu haver sens consentiment meu e de tots los altres qui en mon servey eren, e per ço no vull que d'açí avant tal regiment vós tingau (p. 655).

A tan locas palabras contesta mesuradamente Tirant recordándole al duque de Macedonia su traición (haber causado la muerte del príncipe heredero) y sus derrotas, y las encabeza con el argumento esencial de ese enfrentamiento, que es el que vincula la obra al *Libro del caballero Zifar*: «Si creheu que, per ésser antichs, vostres mals actes sien fora de la memòrica de les gents, e que sens fer smena del vostre mal viure, que siau abilitar, mai creheu». Acabará diciendo: «Aconort-me de una cosa, ço és, yo parle ab veritat e seré cregut, e vós entrau ab la falsia e maldat, que de si és abatida» (p. 657).

Sus obras hablarán, en efecto, porque antes de morir, intentará matar a Tirant de la misma forma que hizo con el príncipe heredero, a traición: «E stant Tirant combatent, vengué lo duch de Macedònia a les espatles de Tirant, de part de tras, e tirà-li ab l'espasa una stocada, e donà-li davall lo bacinet e tota la punta li mès en lo coll» (p. 676). Son testigos de ello Ypòlit y Pírimus. Será enseguida el rey de África el que lo mate: «E fon lança mortal qui-l paguà de les sues maldats» (p. 676).

Se acaba así el enfrentamiento entre el traidor duque de Macedonia, noble de estirpe, que hubiera debido ser el sucesor legal del emperador (pero este sabía que era el causante de la muerte de su heredero), y el esforzado caballero extranjero, valiente, leal, al que avalan las buenas obras y no el origen. En el *Libro del caballero Zifar* no hay ese desarrollo de la personalidad de un antagonista noble, pero sí una base semejante que enfrentaba a los nobles del reino con el extranjero sin estirpe conocida.

UNA DUEÑA INGENIOSA Y DESVERGONZADA

Como se cuenta en el *Libro del caballero Zifar*, la infanta Seringa reina en Pandulfa porque heredó el reino de su padre, que no tuvo más hijo que ella. A este reino llega el infante Roboán y ofrece sus servicios como caballero a la señora, a quien le ha declarado la guerra el rey de Guimalet. La infanta tiene a su servicio una viuda muy hermosa, a la que llaman dueña Gallarda, y, como dice el narrador, «era atrevida en su hablar».

Es un personaje femenino muy interesante que desempeña el mismo papel que el ribaldo cuando puso a prueba al caballero Zifar con sus preguntas y su impertinente provocación verbal. La dueña Gallarda juzga enseguida a Roboán por la adecuada respuesta que sabe darle, y le dice a su señora:

«Çertas, señora -dixo la Gallarda-, en quanto oí de él agora seméjame de muy buen entendimiento e de palabra sosegada e muy plazentero a los que la oyen» (p. 328). Y le pide permiso a la infanta Seringa para hablar con él y ver así como le contesta:

E bien vos digo, señora, que me plazería que nos veniese ver por que podiese con él fablar e saber si es tal como paresçe. E prométovos, señora, que si conmigo fabla, que lo yo proeve en razonando con él, deziendo algunas palabras de algunt poco de enojo, e veré si dirá alguna palabra errada (p. 329).

Con razón le advierte la infanta Seringa: «Cuidaredes provar e provarvos han», porque así va a ser. Pero antes los lectores asistimos a un auténtico duelo verbal entre ambos personajes, del que sale triunfante el infante Roboán al mismo tiempo que le da una lección de discreción a la deslenguada e inteligente dueña Gallarda, que ella acepta: «E bien creed que de aquí adelante seré castigada», y cierra su respuesta asumiendo haber caído ella en la trampa que le había tendido al caballero: «E segunt dize el vierbo: que tal para la manganiella, que se cae en ella de goliella» (p. 334).

Dos son los personajes femeninos del *Tirant* que le deben algo a esa ingeniosa dueña, los dos al servicio de Carmesina: la viuda Reposada tiene el nombre formado como el suyo, dueña Gallarda (se ha dicho además que la dueña es viuda), y, sobre todo, Plaerdemavida, que comparte dos rasgos de Gallarda, además de la belleza: el atrevimiento y la inteligencia. No hace falta aportar testimonios de ello porque asomarse a la complejidad del personaje de Martorell obligaría a un largo análisis, basta ver la confianza que cada una de las dos infantas tienen depositada en sus servidoras y amigas, y el ingenio y la audacia verbal que las caracterizan.

LA LECTURA EN LO ESCRITO

No son las únicas huellas de lectura del *Libro del caballero Zifar* que pueden encontrarse en el *Tirant lo Blanc* ⁽¹⁰⁾, pero mi intención no es ahora hacer una detenida exposición de fuentes de episodios o personajes, sino tan solo demostrar que el *Zifar* fue una de las lecturas de Joanot Martorell. Y no está de más recordar que tanto el autor del *Zifar* como el escritor valenciano leyeron a Ramón Llull, como demuestra la presencia de su *Llibre de l'ordre de cavalleria* en sus respectivos relatos. En el capítulo XXXII del *Tirant* el ermitaño lee al joven no, como dice el epígrafe, el libro llamado *Arbre de batalles*, sino el de *l'ordre de cavalleria*; en palabras de Albert Soler i Llopart, en la edición de la citada obra de Llull:

Joanot Martorell va incorporar al *Guillem de Varoich* gran part del pròleg i del primer capítol del *Llibre de l'ordre de cavalleria* [...] Martorell converteix el cavaller-eremita de Llull en el famós cavaller Guillem que, ja vell i tornant d'un pelegrinatge a Terra Santa, es retira en una ermita al costat de la ciutat de Varoich, d'amagat de tothom ⁽¹¹⁾

El mismo estudioso indica el influjo de la obra sobre el *Libro del cavallero et del escudero* de don Juan Manuel (pp. 65-66), y no olvidemos que *El conde Lucanor* de don Juan Manuel fue lectura del autor del *Zifar*. El emperador que nunca se reía describirá a Roboán una manera de hacer a uno caballero que coincide en parte con lo expuesto por Llull en el *Llibre de l'ordre de cavalleria*.

Y para seguir enlazando buenos lectores y escritores, no hay más que recordar que un episodio del *Orlando furioso* de Ariosto es imitación del más famoso del *Tirant*, el del engaño a los ojos. El terrible ardid de la viuda Reposada fue imitado por Ariosto en el episodio de Dalinda y Polinesso, Ginevra y Ariodante ⁽¹²⁾.

Es bien sabido que Miguel de Cervantes leyó minuciosamente el *Orlando furioso* de Ariosto, que en 1549 apareció por primera vez traducido al castellano por Jerónimo de Urrea. Maxime Chevalier, en su espléndido ensayo *L'Arioste en Espagne (1530-1650)* (Université de Bordeaux, 1966), dedica bastantes páginas a ponerlo de manifiesto y a analizar las correlaciones entre los textos señaladas antes por otros críticos. En el escrutinio de la biblioteca de don Quijote, el cura menciona al «cristiano poeta Ludovico Ariosto» y añade «al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno, pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza». El barbero le replica que él lo tiene en italiano, pero que no lo entiende, y lo dice para que Cervantes ponga en boca del cura una crítica a la traducción de Jerónimo de Urrea, «el señor capitán», «que le quitó mucho de su natural valor», y la extiende a todos los que «los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento» ⁽¹³⁾.

Chevalier destaca cómo comparten los dos escritores, Ariosto y Cervantes, el uso de la ironía, y afirma: «Le romancier espagnol, comme le poète italien, s'amuse discrètement aux dépens de ses

personnages» (p. 487). Podría añadir que Cervantes logra hacernos reír al adaptar a la vida corriente un episodio del *Orlando*, y nuestra sonrisa se llena de gozo si nos damos cuenta de lo que está haciendo. Vemos al diablo de la compañía de Angulo el Malo saltando sobre el rucio de Sancho y haciéndole «volar por la campaña», 2.^a parte, XI; y lo que se transparenta detrás de este vuelo a ras de tierra es el episodio que comienza en la octava 128 del canto XXVI del *Orlando furioso*, donde el mago Malgesí conjura a los demonios y uno se mete en el cuerpo del rocín de Doralice: «Uno entró en el rocín muy bullicioso, / de Doralice, y salta aquél furioso»; la veremos por los aires, llevada por aquel caballo que tenía el diablo en el cuerpo: «El rocín que el diablo lo llevaba / trajo a la dama así espantosamente; / ni en hondo río o monte se paraba, / ni en sierra, foso, bosque, lodo o fuente», canto XXVII, estrofa 5⁽¹⁴⁾. El demonio que ven don Quijote y Sancho es un comediante que iba a representar *Las Cortes de la Muerte*, no es precisamente uno conjurado por ningún mago; pero en uno y otro caso, el rucio corre como si llevase el diablo metido en el cuerpo.

Uno de los personajes cervantinos más famoso, Tomás Rodaja, lo es porque se vuelve loco y se convierte en el licenciado Vidriera, al que un mozo de mulas llama «señor Redoma». No es difícil ver cómo se le ocurre la genial invención al escritor si recordamos otro pasaje del *Orlando furioso*, en el canto XXXIV, cuando, en el reino de la luna, san Juan Evangelista le enseña a Astolfo el seso de la gente, que es «como un licor sutil y blando / apto a exhalar, si no está bien cerrado», metido en redomas; y verá que la mayor de ellas lleva escrito: «Seso de don Roldán, señor de Brava»⁽¹⁵⁾, porque Orlando o Roldán había enloquecido por completo por su imposible amor por Angélica. Aunque también advierte Astolfo que muchos que él creía que gozaban de cordura, de seso, tenían buena parte de él en una redoma.

Así podemos comprobar cómo Cervantes, aunque ataca a Urrea, lo ha leído, porque la palabra de Ariosto es «ampolla», y la del traductor es primero «redoma», aunque luego pasa a «ampolla». Si unimos los dos textos, sonreímos con gusto al ver el gran acierto de Cervantes: Tomás se cree de vidrio cuando se le va el seso a una de esas redomas y enloquece.

Esas dos ideas geniales, la del diablo disfrazado que se sube en el rucio de Sancho, y la del licenciado Vidriera -o Redoma- porque todo su seso está guardado en un recipiente de vidrio, son dos sutiles pruebas más de lo que ya se sabía: la lectura minuciosa que hizo Cervantes del *Orlando furioso*.

Miguel de Cervantes no solo leyó con provecho el *Orlando furioso*, sino, como es bien sabido, el *Tirante el Blanco*, y también el *Libro del caballero Zifar*. Como he dedicado un ensayo a poner de relieve el influjo del libro de caballerías de Joanot Martorell en toda la obra de Cervantes⁽¹⁶⁾, no voy a insistir en ello. También analicé la presencia del *Zifar* en el *Quijote*⁽¹⁷⁾, y podría añadir ahora alguna huella más en alguna de sus *Novelas ejemplares*: por ejemplo, en *El amante liberal*.

No hay más que ver cómo Ricardo y Mahamut se quedan en el barco al margen de la refriega entre tres grupos de moros, servidores de los dos bajaes y el cadí, y van viendo cómo todos se matan:

Estábanlos mirando Ricardo y Mahamut, que de cuando en cuando sacaban la cabeza por es escutillón de la cámara de popa, por ver en qué paraba aquella grande herrería que sonaba. Y viendo cómo los turcos estaban casi muertos, y los vivos malheridos, y cuán fácilmente se podía dar cabo de todos...⁽¹⁸⁾

Y comparar esta situación con la vivida por Grima, la esposa del caballero Zifar, en la bodega de la nave mientras sus raptos se matan entre sí, codiciosos todos de quedarse con la bella mujer:

Así que los otros todos de la nave, del menor fasta el mayor, fueron en este mal acuerdo e esta discordia, en manera que metieron mano a las espadas e fuéronse ferir unos a otros, de guisa que non fincó ninguno que non fuese muerto o ferido. E la dueña estava en la saeta de la nave e oyó el ruido muy grande que fazían. E oía las bozes e los golpes, mas que non sabía qué se era, e fincó muy espantada, de guisa que non osava sobir (p. 122).

Tanto en el *Libro del caballero Zifar* como en *El amante liberal*, los protagonistas están escondidos mientras los enemigos se matan entre sí, y solo oyen el ruido. Cuando salgan a ver qué ha pasado, todo está ya resuelto. Es indudable que Cervantes leyó muy minuciosamente esta obra y que supo iluminar en ella oscuros rincones, pequeños detalles, y les hizo cobrar nueva vida en sus grandes creaciones.

FINAL

Del *Libro del caballero Zifar* al *Tirant lo Blanc*, del *Tirant* al *Orlando el furioso*, la buena literatura no ha tenido nunca fronteras. Y en la cima, Miguel de Cervantes leyó los tres libros de caballerías, aunque muy distintos: el *Zifar*, el *Tirante* y el *Orlando*; y como era un atentísimo lector, es evidente que se daría cuenta de los enlaces entre ellas. Verlo hoy nos permite advertir esa red de lecturas y lectores que unen las grandes obras literarias sea cual sea la forma de transmisión del texto.

Joanot Martorell leyó aún el *Libro del caballero Zifar* en forma manuscrita, y aunque Cervantes pudo también leerlo de esta manera, lo más probable es que lo hiciera en su única impresión del siglo XVI, en Sevilla, por Cromberger, en 1512. Ariosto leería el *Tirant* en una de las dos impresiones en catalán (Valencia, 1490, y Barcelona, 1497), porque la traducción al castellano de la obra sin nombre de autor es de 1511 y la primera versión del *Orlando* se imprime en 1512; en cambio, Cervantes leyó la traducción, que es la que pone en la biblioteca de su personaje, don Quijote.

Solo un buen lector puede llegar a ser un buen escritor, y las lecturas -más que la vida- forman la estofa de las obras literarias. Advertir los pasajes recreados, los detalles incorporados a una nueva creación dibuja claramente el acto de la lectura y al mismo tiempo suma placer a placer porque, en ese momento, se comparte el libro con el escritor que lo leyó y recreó.

NOTAS

1. Véase Charles Ph. Wagner: «The Sources of *El Cavallero Cifar*», *Revue Hispanique*, X, 33-34, 1903, pp. 5-104; y Rosa Navarro Durán: «Dos episodios del *Libro del caballero Cifar* a la luz de sus fuentes: el emperador que no se reía y la buena dueña espulgando la cabeza del caballero» en *El Siglo de Oro en escena. Homenaje a Marc Vitse*, Toulouse, PUM/Consejería de Educación de la Embajada de España en Francia, 2006, pp. 613-626.
2. *Libro del caballero Zifar*. Edición de Joaquín González Muela, Madrid, Castalia, 1982, p. 76. Cito por esta edición y solo indicaré a partir de ahora la página de la cita. He cotejado los pasajes con los de la edición de Charles Philip Wagner (Ann Arbor, University of Michigan, 1929), reproducida por Cristina González en *Libro del Caballero Zifar*, Madrid, Cátedra, 1983, y en un par de casos he enmendado el error del texto editado por González Muela y lo indico en nota.
3. Cito por la edición de J.M. Bleuca de *El conde Lucanor* en *Obras completas* de don Juan Manuel, Madrid, Gredos, 1983, vol. II.
4. Joanot Martorell: *Tirant lo Blanch*. Edición de Albert Hauf, València, Tirant lo Blanch, 2005, p. 274. Cito por esta edición y a partir de ahora solo indico la página del texto citado.
5. No hay más que ver qué hace Hipólito cuando cree estar delante de un ánima del purgatorio (y es Tirante caído en el suelo): «Lavors Ypòlit tirà la spasa e posà's la cruera davant, senyà's e dix: -Yo, com a verdader crestià, crech bé e verdaderament en los articles de la sancta fe cathòlica e tot lo que creu la sancta romana Sglésia» (p. 912). Ramón Llull lo expone claramente en su *Llibre de l'ordre de cavalleria* (obra, que como diré, habían leído los dos escritores): «A cavayler és donada espasa, qui és feyta en semblança de creu, a ssignificar que enaxí con nostro senyor Jesucrist vensé en la creu la mort en la qual érem caüts per lo peccat de nostro pare Adam, enaxí cavayler deu venscre e destruir los enamics de la creu ab l'espaa», edición de Albert Soler i Llopart, Barcelona, Barcino, 1988, p. 67.
6. En el triple encuentro del infante Roboán, el hijo de Zifar, con el diablo en figura de bellísima mujer, en las islas Dotadas, el perro cazador es también un alano. Así le dice ella al tentarlo: «E pues de caça vos pagades, mostrarvos he un alano que podedes aver de ligero, que non ay venado en el mundo que vea que lo non alcance e lo non tome» (p. 390).
7. Sigo el texto de Wagner en la lectura de «començolo» (p. 148 de su edición); en el transcrito por González Muela figura erróneamente «començáronlo», que es la lectura del manuscrito que él edita.
8. En el texto transcrito por González Muela figura «en la mexiella», pero es evidente que el golpe fue en la «baruiella» porque casi le rompe los dientes, como figura en la edición de Wagner (p. 213), que sigue otro testimonio en este caso.
9. El rey de Inglaterra lo declara en un documento notarial: «ordenam, manam e sentenciam dar la mundana glòria, honor y fama a l'egregi e virtuós cavaller, de nostra mà fet, Tirant lo Blanch. Volem que sia per tots los quatre cantons de les liçes publicat per lo millor dels cavallers» (p. 241).
10. Tirant le relata al ermitaño las hazañas de Guillem de Varoich (que es el propio ermitaño), y entre ellas está la de quitarle a un león el niño que lleva en la boca: «se diu que trobà un gran leó qui se'n portava una criatura»; luchará con el león y le dará el niño a su madre (pp. 189-190). Como anota Hauf es un episodio folklórico, pero, como también señaló Riquer, aparece en el *Libro del caballero Zifar*: el león se lleva a uno de los dos niños -el mayor- de Zifar, y será un burgués rico, que está cazando, el que lo salvará.
11. Ramon Llull: *Llibre de l'ordre de cavalleria*. Edición de Albert Soler i Llopart, Barcelona, Editorial Barcino, 1988, p. 66.
12. Véase la nota de Martín de Riquer al episodio en su edición del *Tirante el Blanco*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974, III, p. 317. La traducción al italiano de la obra, de Lelio de Manfredi, sobre el texto original, fue impresa en Venecia en 1538; por tanto Ariosto leyó también el original porque la primera redacción del *Orlando* es de 1516 (la segunda, de 1521, y la tercera, de 1532).
13. Miguel de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*. Edición dirigida por F. Rico, Instituto Cervantes-Crítica, 1998, p. 80.

14. Ludovico Ariosto: *Orlando furioso*. Edición bilingüe de Cesare Segre y M.^a de las Nieves Muñiz, Madrid, Cátedra, 2002, pp. 1719 y 1729.
15. Ludovico Ariosto, *Orlando furioso*, ed. cit., p. 2225.
16. Véase Rosa Navarro Durán: *El «Tirant lo Blanc» i la seva presència en el «Lazarillo de Tormes» i en les novel·les de Cervantes*. Traducción de Maria Pilar Perea, Castelló-Barcelona, Fundació Germà Colón i Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2011, pp. 43-113.
17. Rosa Navarro Durán: «Literatura en la literatura: guiños literarios en el *Quijote*», *Anuario de Estudios Cervantinos*, I, 2004, pp. 93-107.
18. Miguel de Cervantes: *Rinconete y Cortadillo. El amante liberal*. Edición de Rosa Navarro Durán, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 138.